

DIRECTOR:

Emilio Andreu

CONSEJO DE REDACCION:

José Manuel Alonso
Antonio Calvo
Santiago Cardenal
Carlos Díaz
Félix García Moriyón
José Ángel Moreno
Gonzalo Tejerina
José M.ª Vegas

ADMINISTRACION:

Gainza, 19, 5.ª dcha.
28041 MADRID

DEPOSITO LEGAL:

M-3949/1986

IMPRIME:

Notigraf, S. A., San Dalmacio, 8
Pol. Ind. Villaverde. Tfños: 798 58 61 - 798 59 61
28021 MADRID

Suscripción anual (3 números monográficos):

Real..... 1.000 Pts.
De apoyo..... 1.500 Pts.
Número suelto..... 250 Pts.



EDITORIAL

¿LE SOBRA A EUROPA LA REVOLUCION?

La Revolución Francesa, la Revolución por antonomasia, cumple doscientos años. No es una efeméride cualquiera, porque en el recuento de logros y frustraciones, en el balance de bondades y maldades, Europa hace examen de conciencia y se enfrenta consigo misma. Porque más allá de interpretaciones favorables o adversas, la Revolución francesa y todo lo que de ella se sigue es eje de su identidad toda. Europa es hija de la Revolución. Evidentemente no sólo es hija de ella, hay otras raíces e identidades. Pero todas ellas son recogidas, filtradas, rehechas en el seno de aquélla.

*Por otro lado, la Revolución fue posible sólo en una sociedad que ya no se entendía a sí misma como algo «dado», producto sólo de ley natural o eterna, expresión de un orden intangible e inmutable, sino como realidad dinámica, contingente, histórica, producto de **contrato social**, acuerdo de voluntades libres y soberanas. La idea misma de revolución lleva ya en sí un aire de novedad que se ha germinado en un proceso lento y prolongado y que estalla ahora (ciertamente no sólo, ni siquiera primero, en Francia, aunque éste sea el caso paradigmático) reclamando con vehemencia los frutos tanto tiempo madurados. En la revolución, en su posibilidad misma, aparece una nueva madurez del hombre, tomando las riendas de su historia y orientándola libremente. El hombre moderno adopta una actitud crítica ante el orden social dado, que aparece como un desorden establecido, y se apresta a la tarea de adecuar el ser social real a su deber ser ideal. La revolución es un deber ser: como dijo Kant, espectador excepcional de la Revolución de 1789, es realidad moral —nouménica— y no meramente natural, como la guerra.*

*La idea utópica de Revolución produjo en este caldo de cultivo **las revoluciones históricamente concretas**: de la Revolución liberal de 1789 a la Revolución socialista de 1917.*

El lema de la Revolución francesa **LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD** conmovió los cimientos del Antiguo Régimen, movilizó las voluntades y puso los cimientos de un sistema nuevo, sustentado sobre la Declaración de derechos del ciudadano. Pero sabemos muy bien que de la triada sagrada sólo la libertad tuvo fuerza efectiva. La igualdad jurídica fue sepultada por **las libertades**. La primera de todas en el orden real, la de propiedad, dio lugar, superados los privilegios de nobleza, a una nueva aristocracia basada en el dinero. El culto al individuo y a la libertad desnuda produjo injusticias nuevas y tanto más flagrantes, cuanto que se producían en nombre mismo de los ideales revolucionarios. **«El fracaso de la democracia individualista no es el fracaso de la democracia, es el fracaso del individualismo»** (E. Mounier). La emancipación ilustrada se había producido sobre la base de un mecanicismo antropológico y social inadecuado y alejado del verdadero universo humano personal.

Por eso los logros de la revolución burguesa atrajeron sobre sí las críticas de los defensores de la igualdad como condición necesaria de la libertad verdadera. El socialismo nació enseguida como crítica y alternativa, pero heredando de sus enemigos la inspiración revolucionaria. De nuevo exigencia ética. Pero, también de nuevo, revestimiento cientista, no humano, no personal de los instrumentos de análisis y de mediación histórica. O, al menos, una ambigüedad notable de humanismo y positivismo objetivista. Esto, sobre todo respecto del socialismo precisamente autobautizado «científico» sin duda, como dice Mounier, sustituyó el estancamiento de los socialistas premarxistas por un método de acción cuya eficacia a corto plazo es cierta. Es muy posible que sin Marx y sin Lenin no hubiera habido Revolución de Octubre, que vino a denunciar la insuficiencia de la democracia parlamentaria burguesa y la maldad del capitalismo. Así, frente a la ingenua fe en la mano invisible de los burgueses, que pensaban —y piensan aún ya no tan ingenuamente— que la mera garantía de libertad formal trae por sí sola la igualdad real, propusieron la vía inversa: garantizar la igualdad material mediante la centralización política —partido— y económica como único modo de realizar el reino de la libertad. Socialismo es libertad. Pero, de nuevo con Mounier, el problema está en **«saber si las condiciones modernas de la técnica y de la lucha no transforman un cierto orden de eficacia en proceso de muerte»**. La igualdad de las democracias proletarias no ha producido un sistema libre, sino totalitario que ha ahogado brutalmente la autonomía de los individuos.

El artículo de Antonio Rivera nos introduce al trasfondo ideológico e histórico de este proceso complejo que une y separa las dos grandes revoluciones modernas, sus grandezas y sus miserias y contradicciones. Su trabajo acaba poniendo en boca de los revolucionarios una pregunta inquietante: ¿y quién quiere la revolución?

En efecto, los tiempos que corren no parecen estar para aventuras revolucionarias. La moda «light» considera de mal gusto la palabra misma. Tiempo adolescente (**We are the World, we are the children**), el adolescente es por definición rebelde frente a sus padres. No es extraño que nuestro tiempo se rebelde contra aquél que lo ha engendrado: el espíritu revolucionario; si algo queda de él, hay que buscarlo en el asilo. Para la blandenguería estetizante postmoderna la Revolución es algo demasiado fuerte. Nos lo recuerda Juan Agudo Revenga, que analiza los parámetros culturales de nuestra cultura occidental que parecen impedir cualquier veleidad revolucionaria. La rebelión del postmoderno contra la madre revolución —¿decrépita?, ¿muerta?— es, a la postre, una forma residual de las rebeliones del moderno contra Dios, el Progreso y el Sujeto.

¿Le sobra entonces a Europa la Revolución? ¿Hemos de rememorar los doscientos años de luto, en el thanatorio? Después de las dos grandes experiencias revolucionarias de la historia reciente, Europa ya no quiere la Revolución, y cree no necesitarla. Es verdad que la revolución, en cuanto contingencia histórica, no es fin en sí misma. Pero si miramos a su dimensión moral, aludida al principio (orientar con protagonismo y libremente el ser al deber ser ideal), tal vez debamos preguntarnos si es que Europa (es decir, Occidente) no habrá perdido los ideales, no habrá debilitado su ética, esto es, no habrá perdido la vergüenza de no ser lo que debe ser. Tal vez Europa pueda responder: la Revolución está hecha; ya tenemos un sistema democrático. Y esto podrían decirlo la Europa occidental capitalista y burguesa y la Europa oriental socialista y popular. Pero esta doble respuesta es ya el testimonio de un gran fracaso. Una Europa dividida y enfrentada en dos bloques es, más allá de las contingencias geográficas e históricas, la prueba patente de que libertad e igualdad en su concreción social, política e institucional no han conseguido la síntesis. Es más, permanecen como dos alternativas antitéticas y enemigas, irreconciliables.

Podrían darse otras respuestas, todas en parte verdaderas: además de la «autosatisfacción» de los sistemas (democracia, socialismo), el condicionamiento sociológico. Hoy, en Europa, no hay grandes contradicciones sociales y antagonismos de clase, que son el caldo de cultivo de toda revolución: las diferencias sociales que subsisten se acolchan en las mayoritarias clases medias. Y los estratos inferiores no aspiran a cambiar las estructuras (véase la política sindical actual), sino a ascender en ellas. Se da una apuesta generalizada por el actual sistema socioeconómico, con la sola aspiración añadida a salir de la crisis. Es verdad que existen nuevas marginaciones, que padecen las maldades del sistema: parados, enfermos, emigrantes ilegales del tercer mundo explotados miserablemente. Pero la situación de todos estos no permite veleidades revolucionarias.

La Europa postrevolucionaria se sabe parte de la minoría privilegiada en el mundo. Y nunca las minorías privilegiadas han hecho revoluciones. En todo caso han buscado mantener el status.

Hay una última posible respuesta a la renuncia al espíritu del 89. De hecho, las revoluciones históricas, la republicana del 89 y la socialista del 17, han costado un precio muy elevado en violencia y sufrimiento. Fueron partos con cesárea. La misma división europea antes aludida testimonia también esos dolores. La experiencia histórica nos ofrece una lección dolorosa que puede ser una de las raíces del miedo al futuro y al cambio en profundidad que nos atenaza (en ese sentido, el bloque oriental está mostrando mayor capacidad de riesgo. Tal vez sea sólo reacción de supervivencia, pero sus pasos son, por el momento incuestionables, aunque no sepamos bien qué depararán).

Sin embargo, a pesar de todo esto, nosotros, por creer en la persona como sujeto ético y protagonista de la historia, y porque sabemos que no hemos agotado la utopía, no podemos renunciar al legado positivo del espíritu revolucionario en lo que tiene de moral, y consideramos que Europa sigue necesitando la Revolución. De hecho, del lema revolucionario francés, y vista la historia, se infiere que hay, todavía hoy, una revolución pendiente, la Revolución pendiente. La única forma de lograr la síntesis de Libertad e Igualdad es la vía de la Fraternidad. En las anteriores revoluciones ha fallado, entre otras cosas, la metodología. El mito de la ciencia hizo fracasar posiblemente las mejores energías de aquellos dos grandes momentos históricos. Recogiendo, sin embargo, sus logros y rectificando sus yerros, la revolución no sigue siendo sólo posible, sino sobre todo necesaria. Porque las condiciones revolucionarias siguen dándose, aunque en una escala nueva, que la hacen más acuciante. El antagonismo de clase no sólo no ha desaparecido, sino que ha adoptado proporciones de gigantismo, al abarcar al conjunto del Tercer Mundo, la gran mayoría de la Humanidad. Las relaciones de explotación y dependencia se han agudizado. La experiencia doliente de las revoluciones pasadas ha adquirido proporciones planetarias y duraderas. Por fin, frente a la satisfacción del mundo «civilizado» burgués o socialista, la crisis de valores es en ellos tan pavorosa, que sólo una terapia heterocéntrica puede devolverle la salud espiritual.

José Angel Moreno en su trabajo «Qué hacer: entre la posibilidad y la utopía» insiste en esta necesidad y nos da las pistas concretas por donde podría y debería caminarse. La Revolución pendiente tiene, atendiendo a los tiempos que vivimos, características propias. No puede tener ya sólo dimensiones europeas. La revolución que Europa necesita (la de la Fraternidad) no ha de hermanar sólo libertad e igualdad (es decir, Oeste y Este: exigencia de paz), sino también, y sobre todo, riqueza y pobreza (es decir, Norte y Sur: exigencia de justicia). La revolución por hacer sólo es posible si tiene dimensiones planetarias.

Al horizonte de la Revolución en el Sur, en concreto al de América Latina nos acerca precisamente Manuel Alcántara con su colaboración

Desde la perspectiva de Europa, la revolución que propone el personalismo comunitario tiene además una peculiaridad nueva y realmente revolucionaria: por vez primera la exigencia de la Revolución no podría tener como mira el mejoramiento económico, sino la disposición a la renuncia generosa de la propia opulencia en favor de los más pobres. ¿No sería, por ejemplo, la condonación de la deuda externa —forma odiosa e injusta de dominación— una medida revolucionaria?

Pero esta disposición sólo será posible si esta revolución es una revolución moral: «La revolución será moral o no será; la revolución moral será económica o no será» (Mounier). Revolución moral quiere decir desde la Persona, y no desde leyes impersonales que habrían de regir los destinos de las personas libres. La Persona como universal concreto es la única posibilidad de aunar, consensualmente en torno a valores, la pluralidad de las perspectivas, de promover la colaboración desde el respeto mutuo de los individuos, los grupos, los pueblos y las culturas. Y se trata de una revolución no simplemente impuesta, sino realizada desde la exigencia de libertad: el hombre es fin en sí y no hay automatismo histórico que le transforme si no coopera libremente.

Una tal revolución sólo puede ser **desde abajo**, desde la participación libre, solidaria, corresponsable y autogestionaria. Su dimensión ética inexcusable requiere la metodología, lenta y tal vez insegura, pero adecuada a la realidad humana, de la **educación, la conciliación y el testimonio**. Esta es una revolución **no violenta**, que busca la paz desde la paz, que no se conforma con convicciones pacifistas, sino que requiere formas de praxis pacifistas, que no buscan quitar la vida de los enemigos, sino que manifiesta la disposición comprometida a dar la propia, incluso por los enemigos mismos. Esta revolución no sólo se hace. Esta revolución hay que sembrarla.

Estos parámetros propios de la revolución personalista y comunitaria se articulan, por otra parte, en la historia concreta y compleja. No siempre es posible actuar conforme a los propios deseos y a los ideales. La lucha por la paz, la justicia, la igualdad, choca con las resistencias personales, sociales, institucionales. Para no desfallecer ni caer en las redes del juego del poder y la violencia hay que desarrollar un **ethos** firme, casi heroico. Los intereses contrarios son muy poderosos. La revolución de la que hablamos habrá de ser lenta, a largo plazo, paciente. Pero no complaciente, ni acomodaticia, por mirar lejos. Habrá de saber —sabe ya en los que están en ella— de luchas y de testimonios. Porque debe articularse en la estructura (**o económica o no será**), en la política, en la economía, en la sociedad civil en todas sus formas



(como los movimientos sociales y ciudadanos), y debe desarrollar estructuras de cooperación internacional al margen de los juegos de los Estados. Y en todas estas articulaciones las opciones serán en ocasiones difíciles, dolorosas, quién sabe si traumáticas. **«En la sociedad grave de una revolución... el personalista sólo puede estar en situación trágica y en estado de acecho»** (Mounier).

Por ello, una revolución como la que proponemos no se moviliza desde el resentimiento ni el odio, porque reconoce la dignidad personal también en el enemigo; su motor y su fuerza, así como su serenidad y perseverancia, proviene de la positividad de los valores que la inspiran.

Si se siembra se recogerán, sin dudar, los frutos. No hay lugar para el escepticismo culpable. Pero esto no elimina la certeza de que la limitación intrínseca del hombre en este mundo impedirá agotar nunca la exigencia revolucionaria. Nunca lograremos realizar del todo una revolución que, por ello mismo, siempre estará pendiente, en un sentido o en otro. Tal vez sea éste el sentido verdadero y profundo de la «Revolución permanente».

ACONTECIMIENTO